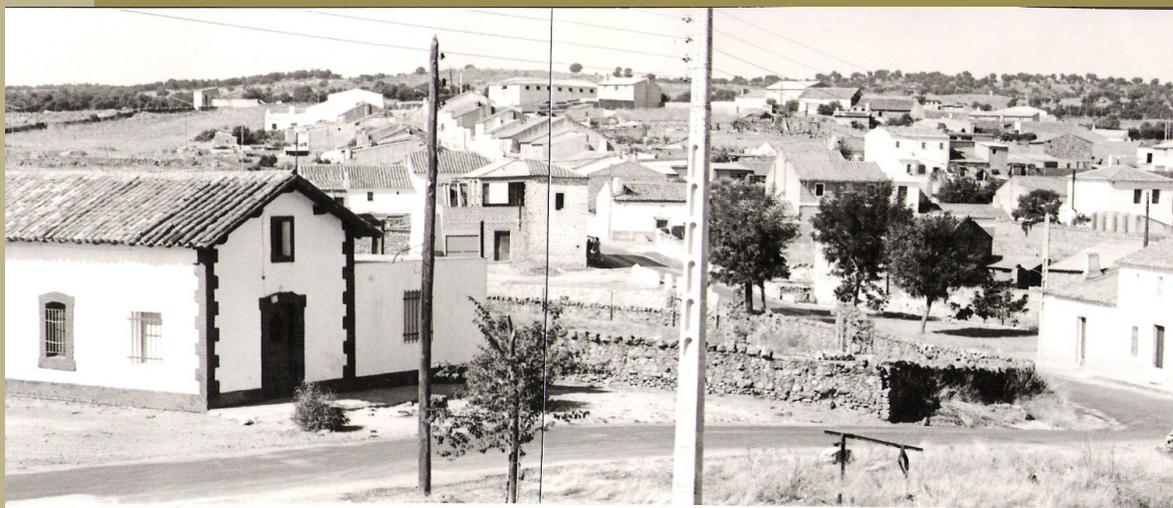


Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XIX



Córdoba, 2013

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos
XIX

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Diputación de Córdoba, Departamento de Ediciones y Publicaciones

Córdoba, 2013



Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XIX

Consejo de Redacción

Coordinadores

Juan Gregorio Nevado Calero

Fernando Leiva Briones

Vocales

Manuel García Hurtado

Juan P. Gutiérrez García

José Manuel Domínguez Pozo

Antonio Alcaide García

Edita e Imprime: Diputación de Córdoba
Ediciones y Publicaciones.

Foto Portada: Vista panorámica de Conquista a mediados del siglo XX

I.S.B.N.: 978-84-8154-398-8

Depósito Legal: CO 1331-2014

CONQUISTA: FIESTAS Y TRADICIÓN

José Merino García

Cronista Oficial de Conquista

Nuestras fiestas

La fiesta es un fenómeno social y nunca individual; no encontraremos una fiesta en la que la unidad de participación sea menor que la familia o el grupo de amigos y, desde luego, encontramos fiestas que se celebran en numerosas localidades.

Los estudios sobre la fiesta en la Edad Media o en el Renacimiento han puesto de manifiesto la importancia del fenómeno festivo para el hombre y han llevado a algunos a señalar la necesidad de tener muy en cuenta el aspecto festivo del hombre de cara al nuevo tipo de sociedad preconizada por el futuro.

Las fiestas congregan, como ninguna otra actividad, a los miembros de una comunidad urbana o rural, por muy diseminados que se encuentren, en unos espacios concretos y determinados en los que las clases, los grupos de edad y los sexos desempeñan su actividad durante varias jornadas.

Este espacio es generalmente la plaza, eje de la vida de tantos pueblos y ciudades. Por otra parte, las fiestas son siempre un acontecimiento en que los aspectos económicos de la vida pasan a primer plano por muy diversas circunstancias; desde el par de zapatos o el vestido que una chiquilla estrena en la feria o en la Semana Santa de su pueblo hasta los gastos caprichosos de esos días de fiesta.

Las fiestas son la mejor ocasión y, a veces, la única en que la vida social se desarrolla en su plenitud; acuden los cortijeros desparramados todo el año por esos campos, regresan los emigrantes, se reúnen las familias dispersas, se actualizan las relaciones de amistad, se reagrupan las clases, se reafirman los “status” y las gentes se identifican con su pueblo; tengamos presente que en muchas zonas rurales, las fiestas son la única ocasión en que la familia: marido y mujer, aparecen unidos en público.

No podía faltar en la fiesta el componente político, entendiendo éste como las actividades que generan en la comunidad los sucesos políticos del país, así como las relaciones entre comunidades e, incluso, entre clases dentro de ellas mismas. La fiesta es un reflejo de la situación social y política y acusa los cambios de aquella, aunque no de una forma mecánica.

Los cambios políticos que ha experimentado el país a partir de Noviembre de 1975 han tenido reflejo en la vida de las comunidades rurales y urbanas de muy diversa forma e intensidad, y estos cambios han sido acusados por las fiestas.

Citaremos algunos ejemplos: Durante el desarrollo de una fiesta y sin motivos aparentes, en junio de 1976, se puso en duda, públicamente, por parte de unos vecinos la honradez de la gestión municipal de las autoridades y empleados de un ayuntamiento. El hecho, habitualmente comentado a niveles de alta discreción en bares y tabernas, saltó a la plaza pública con ocasión de una fiesta.

La bandera de Andalucía ha lucido por primera vez en muchos ayuntamientos andaluces con motivo de las fiestas locales, del mismo modo que algunas comisiones de fiestas la han hecho figurar en sus carteles y programas de fiestas.

Frente a la teoría de la fiesta como mantenedora del orden social, podemos oponer algunos datos dignos de consideración. La bibliografía histórica y antropológica nos proporciona numerosos casos que hablan de la sistemática persecución a que han sido sometidas ciertas fiestas populares.

El Carnaval, según cita Caro Baroja, ha sido objeto de regulación, canalización y prohibición desde el siglo XVI hasta nuestros días, en que Franco lo suprimió por decreto en el año 1937, en plena Guerra Civil, no resucitando hasta después de su muerte, aunque en algunos casos se mantuvo camuflado, como en Cádiz, bajo el nombre de Fiestas Típicas Gaditanas.

El pueblo como conjunto es indispensable para la realización de una fiesta. Sin gente no hay fiesta pública. La fiesta, a diferencia del espectáculo, es participación, aunque ésta sea a niveles tan elementales como pasear con la familia por la plaza y sentarse en un velador de un bar o en la plaza. La presencia de las gentes es el elemento calificador para catalogar una fiesta como muy animada.

La feria consiste en la mitad del pueblo divirtiéndose y la otra mitad mirando a la otra mitad. Así definía un jornalero la feria de su pueblo, en donde la diferencia de clases es muy severa.

Por otra parte, los ayuntamientos, que controlan gran cantidad de fiestas a través de sus Comisiones de Festejos, difícilmente, podrían justificar ciertos gastos de los que sólo se benefician pequeños sectores de la población, si no es en el marco de unas fiestas locales que se organizan teóricamente para todos, pero de la que queda excluida la mayoría.

Los emigrantes tienen una presencia real en las fiestas, lo que nos obliga a hacer algunas consideraciones.

Hasta aquí hemos analizado las fiestas en plan genérico; se hace necesario, sin embargo, especificar y singularizar nuestras fiestas.

Estudiaremos, pues, la Romería, las Fiestas Patronales, los carnavales, la Semana Santa, el Corpus, las Cruces de mayo, Navidad, Fiesta del emigrante y nuestras fiestas generacionales.

Carnaval

“El carnaval, nuestro carnaval, quíerese o no, es un hijo, aunque sea pródigo, del cristianismo; mejor dicho, sin la idea de la cuaresma, no existiría en la forma concreta en la que ha existido desde fechas oscuras de la Edad Media Europea”¹

“Al aproximarse el carnaval, las ganas de retozar se apoderan rápidamente de sus asiduos devotos hasta acabar en una posesión completa que duraba los tres días que preceden al Miércoles de Ceniza”.

Los jolgorios del carnaval duran a veces hasta el amanecer de este día (Miércoles de Ceniza), el primero del largo ayuno cuaresmal, que viene a ser un cambio repentino y poco agradable para los que no han puesto límites a la ruidosa alegría del período precedente. Las buenas familias terminaban las diversiones del martes a las doce de la noche. Siguiendo argumento iniciado diremos que la desaparición del carnaval sería consecuencia de la secularización de la vida y no de la elevación del sentido religioso y tampoco de las prohibiciones por parte de los gobiernos anti populares.

Pero, ¿realmente ha muerto el carnaval? Si no ha muerto, por lo menos, muy grave sí está. Recuérdese que antes de la Guerra Civil los carnavales se celebraban en todas las ciudades, pueblos y aldeas y que, posteriormente, aún quedaban algunos juegos que formaban parte del complejo festivo carnavalesco.

Todavía se conservan con ligeras variantes las formas de diversión basadas en los disfraces, el travestismo, las canciones críticas y satíricas, la burla a través de pintadas, el romper huevos, quebrar cántaros, manteo y un largo etcétera.

Llegó la Guerra Civil y Franco quitó esta fiesta por decreto en la zona rebelde y, posteriormente, tras la victoria, en todo el territorio nacional.

El carnaval era la fiesta del pueblo llano, de ahí que las clases sociales habían mantenido una postura hostil hacia esta fiesta. Esta hostilidad hacia la fiesta provenía de la sensación de inseguridad que proporcionaban las clases bajas, que celebraban la fiesta viendo y alborotando por las calles, a pesar de que, según Blanco White: *“Nunca he visto que se tomaran la menor libertad con la personas de clases superiores”.*

¹ Frases de Caro Baroja, 1965, 22.

Tras la prohibición de 1937, el carnaval fue desapareciendo en la mayor parte de las ciudades y pueblos, a los cuales está costando un gran esfuerzo y sacrificio devolver esa tradición.

Y volvemos a repetir la pregunta: ¿ha muerto el carnaval? Hemos de tener presente que el carnaval cumple unas funciones sociales y psicológicas que ninguna otra fiesta proporciona cumplidamente. El carnaval rompe el orden social, enfrenta a las clases, libera los instintos y rompe con las represiones. Todo esto lo realiza a través del disfraz, invirtiendo el orden de las cosas, comiendo y bebiendo, ironizando y satirizando a la sociedad y a la autoridad y, en definitiva, dando rienda suelta a la fantasía y la libertad.

Si estas funciones no las realiza otro tipo de fiestas o actividades, como creemos, y si la problemática de opresión y desigualdades sigue existiendo y, a la par, las libertades mínimas están garantizadas y la libre expresión respetada, el carnaval no moriría; al menos en los lugares donde ha sido capaz de resistir la embestida furiosa de los últimos años.

El comportamiento de los participantes en el carnaval se libera y escapa, al menos parcialmente y durante estos días, de la crítica y murmuración de la comunidad.

El juego erótico a nivel de gestos y frases es parte central de la fiesta, de la misma manera que la crítica, el insulto y la murmuración pública de acciones y defectos de los que presencian el paso alegre, desenfadado y jocoso de los mascarones.

Así, el comportamiento sospechoso de una mujer casada puede ser insinuado al marido con sonidos y gestos que hacen referencia a su condición de “*cornudo*” o anuncian-do con burlas el que un hombre tenga una amante.

Otra práctica habitual a lo largo de todo el carnaval es el de dar golpes con pa-los o cañas de escobas, para producir ruidos, a otros mascarones y a los viandantes. Esta práctica, que puede ser tomada como una forma de agresividad, es consustancial con el carnaval, ya que4 son muchos los que se aprovechan de la fiesta para eso: para molestar a otros paisanos.

Otra práctica común en los carnavales era el manteo; los chavales y algunos ma-yores corren detrás de las chicas para mantearlas; algunas se esconden y corren; otras, se dejan llevar en volandas por la cuadrilla de jóvenes que, al son del almirez, anuncian su llegada.

Vamos a liberarnos, vamos a celebrar con alegría, como nuestra que es, esta fiesta que tantas veces nos trajo de cabeza con sus prohibiciones, denuncias y, en ocasiones, palos.

La fiesta es nuestra, ya no nos la pueden quitar, ya nos la quitaron por la fuerza, hoy vamos a recuperarla, no se la vamos a quitar a nadie, era nuestra y a nosotros vuelve.

Romería de San Gregorio

La romería puede definirse como jornada de campo en torno a una ermita o un santuario. Quizás sea en la actualidad una de las pocas fiestas que sigue caracterizándose por su celebración en el campo, fuera de nuestro núcleo urbano; existen otras ocasiones en que se sale al campo, pero su vigencia es cada vez menor a la par que las de las romerías crece día en día.

La ermita es el punto de referencia o término al que los romeros dirigen sus aspiraciones físicas y espirituales, para lo cual han de cubrir el camino que les separa del pueblo desde donde parten.

Pueblo, camino y santuario son las tres referencias de una romería de las que no se puede prescindir ni, por supuesto, infravalorar. La salida hacia la ermita es una ceremonia pública en la que ordenadamente se disponen los elementos de la procesión: los estandartes portados por los hermanos, seguido de carrozas bellamente adornadas; inmediatamente, la imagen del Patrón precedida por la hermandad; detrás, las mujeres y hombres que cumplen las promesas, algunas de ellas con los pies descalzos llegan a la ermita brotándole la sangre de haber hecho el camino, cerrando la caravana: tractores, camiones o vehículos diversos.

Como es norma y costumbre no suele faltar nunca la acostumbrada banda de música durante el trayecto procesional.

La marcha hacia la ermita discurre camino adelante entre cantos, bromas y risas de los romeros que lo hacen a pie, mientras durante el camino hacen notar su presencia a base de cohetes.

—*¡El pueblo se queda vacío!*—, dicen algunos de los que marchan para la ermita.

Vamos pocos caminando con el Patrón, *San Gregorio*, pero es camino es fiesta en movimiento, es risa, es comunicación; aunque vayamos sudando de calor, la bota de vez en cuando nos alivia. Al llegar a *Cerro Blanco* la procesión cede a los romeros la libertad del campo abierto.

El control de la iniciación de la procesión en el pueblo parece quedar suspendido y comienza la fiesta en el camino con el cante, baile, bebidas y bromas en torno a nuestro Santo Patrón.

Actualmente, a pesar de que los automóviles acercan sensiblemente la ermita a nuestro pueblo, no es romero quien así lo hace; hacer el camino sigue siendo definitorio y distingue quién ha ido a una romería y quién la ha visitado simplemente.

Las romerías ganan día a día en asistencia, entre otras razones, por las facilidades en las comunicaciones y la adecuación de los calendarios religiosos a los laborarles; las demás o coincidían o han sido desplazadas a sábados y domingos con tendencia, incluso, a fijarlas en un orden dentro de un mes que evita competencias de otras y hace más fácil su recordatorio. Son estas las circunstancias que favorecen la presencia de emigrantes.

La Feria de “Santa Ana”

Las ferias han sido desde la Edad Media en España el principal medio para intercambiar productos en los reinos españoles.

La feria, mercado anual o, excepcionalmente, dos veces al año, se incluía en el proceso económico, ejerciendo las funciones de distribución de productos entre los diversos núcleos urbanos y sus áreas de influencia. Para Tomás de Mercado, dominico español del siglo XVI, muy versado en cuestiones mercantiles: “*La feria significa cosa libre, exenta y horra y como lo que se vende en aquellos lugares a tales tiempos es libre de alcabala, que no se paga, llamaron al mercado y tiempo, feria. Como es tributo tan general el alcabala en las ventas y compras, concedieron los reyes de Castilla liberalísimamente algunos tiempos donde vendiesen sus vasallos, horro y libre, sin pagarla*”²

Aparte de las funciones comerciales, las ferias y mercados anuales y estacionales ejercían otras de carácter social y cultural. Por un lado, eran ocasión de contactos personales entre gentes aisladas y las aglomeraciones, junto a los efectos psicológicos agradables que producen tanto la venta para quien desea desprenderse de algo como la compra para quien desea poseerlo y, por supuesto, el movimiento de dinero, fueron dando un aire festivo a estos encuentros que han terminado por imponerse a los intereses comerciales, desplazados a otros cauces.

Naturalmente, hemos conocido varias ferias de ganado. Las fechas se concentran en los meses de primavera y en el mes de septiembre. Su desaparición ha ido aparejada con la mecanización del campo. La compra-venta de ganado ha sido una de las profesiones en la que los gitanos llegaron a ser especialistas. Y decimos especialista en el auténtico sentido de la palabra como expertos conocedores de la técnica de compra y venta con una ganancia para el intermediario.

Todavía conservamos en la memoria la imagen del gitano corriendo con una bestia del cabestro y otro con una varita dándole en las nalgas para que iniciara el trote, al tiempo que los dos la animaban con silbidos y frases.

Las fiestas patronales son las celebradas con motivo del día del patrón o patronos del pueblo según el calendario católico. Estas celebraciones patronales distan de ser una fiesta exclusivamente religiosa; es más, en ocasiones, en poco o nada, se distinguen de las ferias cuyo origen hemos visto que es estrictamente económico.

Por otra parte, no hay siquiera distinción entre los organizadores y promotores; de hecho, en los programas y carteles anunciadores se ha impuesto la denominación “*Ferias y Fiestas*”, sustituyendo a los otros que claramente aludían a sus orígenes: “*Feria*” o “*Fiestas Patronales*”, aunque la generalidad las conozca como “*Ferias*”.

Los programas de fiestas y los carteles han proliferado entre los pueblos deseosos de ser conocidos más allá de los propios límites locales o comarcales y es posible también

2 Mercado, 1975 pág. 320.

que movidos por el sentimiento de hacer partícipes a los emigrantes de algo tan entrañable como las fiestas. Constan los programas de una serie de actos fijos en todos ellos y de algunas variantes.

En cualquier caso, hay que poner en cuarentena algunos de los actos programados que sólo existen en el papel y “*para rellenar el programa*”, tales son algunas actividades infantiles, juveniles y de protocolo.

La actividad programa de una feria la podemos dividir en tres partes: los actos de la mañana, tarde y noche, todos llenos de actividades y gran animación.

La mañana suele empezar con las alegres dianas y pasacalles de la banda local y, si no la hay contratada, seguida a media mañana el día del patrón o la patrona con los actos religiosos; en los restantes días hay tirada al plato, carrera ciclista o de motocross y otras actividades deportivas. Por la tarde se programan normalmente los espectáculos taurinos con la tradicional *vaquilla* para los aficionados locales y, algún día de feria por la tarde se programa algún encuentro de fútbol con algún equipo de los pueblos vecinos.

La noche está presidida por la iluminación especial del real de la feria y el paseo arriba y debajo de los jóvenes y niños; los adultos y más mayores permanecen sentados en los veladores viendo pasear a los demás.

Es también el momento de ir al circo o teatro, si los hay, y también el momento en que las tómbolas elevan más el volumen de sus altavoces requiriendo la presencia de participantes y ofreciendo mayores ganas.

El baile, la música y los toros eran y siguen siendo las mayores atracciones de una feria sin las cuales las ferias pierden mucha animación y categoría.

En los bailes “*agarraos*” han encontrado los jóvenes solteros y los casados una ocasión de acercamiento a las personas del sexo opuesto que no se les permitía en otras circunstancias.

Actualmente, existen mayores posibilidades para ello y la sociedad se ha vuelto más permisiva, pero en cualquier caso el baile sigue siendo un pretexto para el juego erótico. Por lo demás, se ha producido un hiato en los tipos de baile que ha separado definitivamente a los jóvenes y niños de los adultos. Los bailes “*suelos*” resultan extraños, cuando no ridículos” para las personas de cierta edad y no participan, cuando antiguamente era frecuente el ver incluso a ancianos bailando un pasodoble, un fox-trot o un tango.

De cualquier manera, aquellos tiempos pasaron y en la actualidad todas las formas de baile conviven, con predominio de los “*suelos*”, y los grupos musicales saben cómo ir dando satisfacción a los diversos grupos de estatus y edad.

La plaza es el lugar de todos, como la fiesta debiera ser para todos, y así ocurre en nuestros pueblos donde el grado de participación es muy alto. La música instalada en un tenderete o “*tabla*” toca para todos y hasta las viejas enlutadas se asoman a las esquinas de la plaza para poder participar así también. Nada hay más alegre que ver a todo un pue-

blo bailando y gozando con cosas tan sencillas como una copa de vino, unos músicos y un poco turrón para los niños. Hasta ese elemental derecho ha sido negado a través de actuaciones como la instalación de casetas por los ayuntamientos. De este forma se prescinde de una gran parte de la población que, ante la exigencia de una entrada, decide abstenerse y dejarla para los jóvenes y los que puedan pagarla.

La Candelaria

Fiesta muy tradicional en *Conquista* por los años 60. La misma tenía su celebración la noche del primero de febrero.

Pero no sólo la fiesta se limitaba a esa noche, ya que la fiesta para los muchachos tenía su comienzo en la preparación. Para ello, unos días antes, al salir del colegio por las tardes, todos los muchachos reunidos y agrupaos por calles en representación de cada barriada, se marchaban al campo para recoger leña, la cual día tras día iban almacenando en algún corral con el fin de quemarla en la noche de la Candelaria.

Y decimos agrupados por calles, porque en aquellas fechas existía una rivalidad tremenda entre los distintos sectores o barriadas del pueblo por mostrar la candela más grande.

Una de estas candelas es la que se hacía en la calle Fuente a cuyos muchachos se les daba el nombre de “*Fuenteceros*”. Con ellos se agrupaban los de las calles Hermanos Ulzurrun (hoy, calle Luna), 28 de Marzo (actualmente San Gregorio y Torrecampo) y la mitad de la calle Felipe II, ya que la otra mitad se inclinaba por el barrio del Plazar.

El Plazar (llamado así por su nombre de Plaza de Santa Ana), “*Plazaleros*” era el nombre que recibían; estos tenían la colaboración de la mitad de la calle Felipe II, los de la calle Queipo de Llano (actualmente Iglesia), los de Moral y Juego de Bolos, así como algunos otros que se agregaban y no tenían definido su sitio.

El Cerrillo, cuyos chavales recibían el nombre de “*Cerrilleros*”, contaba además con los de la Carretera Villanueva, calle Antonio Torrico (hoy, calle Sol), Travesía de Villanueva (actualmente, Párroco Murillo-Rico Algaba) y algunos más que se acoplaban de otras calles.

La Barriada Estación, “*Estacioneros*”, tenía su candelaria en disputa con las restantes del pueblo. Agrupaba a todos los muchachos de aquella barriada muy numerosa por aquellos tiempos, más otros amigos que se sumaban de otras calles.

Era verdadera la rivalidad que existía entre las distintas barriadas, las cuales, cuando visitaban otra candela, salían a pedradas unos contra otros, aduciendo que iban a robarles la leña. De todas maneras, era una noche fantástica de divertimento para chicos y mayores, todos cantaban y hacían corros alrededor de las candelas. Finalmente, expresamos un refrán que decía: “*Si la Candelaria chorra, el tiempo fora; si no chorra, ni dentro ni fora*”.

San Blas

Conquista siempre tuvo unas grandes tradiciones, unas se perdieron, otras persisten.

Hace unos cincuenta años, nuestro pueblo celebraba con gran alboroto una gran fiesta, especialmente, entre los jóvenes de la población: *el día de San Blas* (3 de febrero).

Cuenta la tradición que en este día, el matrimonio más reciente efectuado en el pueblo, invitaba a todos los mozos y mozas de la localidad a ir de romería, a “*ser romeros*”, se solía decir.

La fiesta se celebraba a campo abierto; no tenía un sitio definido de celebración, el mismo era señalado por el matrimonio anfitrión.

Los mozos y las mozas no tenían problemas por asistir a la fiesta; al contrario, en ella solían salir formalizados varios noviazgos. Y es por ello que era un día señalado y esperado por los jóvenes. Podemos afirmar que esta fiesta podrían denominarse por aquellas fechas como el “*Día de los enamorados*”, al menos en nuestro pueblo.

Posteriormente, esta costumbre se perdió y se designó como fiesta de los “*enamorados*” el día 14 de este mismo mes de febrero, festividad de San Valentín.

No podemos dejar de hacer patente el porqué se celebraba dicha fiesta bajo el patronazgo de San Blas de quien solo poseemos los siguientes datos:

“*San Blas: Obispo de Sebaste, en Armenia, que fue martirizado por el mandato de Agrícola, gobernador de Capadocia, en el año 396*”.

Semana Santa

Comprende los actos de culto dedicados por la Iglesia Católica a la Pasión y Muerte de Jesús, actos con los cuales culmina la Cuaresma, la cual abarca desde el Miércoles de Ceniza hasta el Domingo de Resurrección, aunque la liturgia y los actos externos se centren especialmente en el Jueves Santo, Viernes Santo y Sábado Santo.

La fiesta, que en sus aspectos litúrgicos comprende las ceremonias conocidas como “*Los Oficios*”, tiene una vertiente popular que hace que nosotros la consideremos: ésta es fundamentalmente la representación pública por las calles y plazas de esa pasión y muerte de Jesús.

Aparte –como hemos mencionado de los *Oficios*– la representación pública se lleva a cabo a través de las procesiones o desfiles de los pasos por las calles acompañados por cofradías o, simplemente, por las gentes más o menos ordenadamente.

La celebración de la pasión se hace siempre cara al exterior a través de cultos externos, fundamentalmente, a través de imágenes y grupos escultóricos sobre los pasos y de forma menos frecuente a través de grupos humanos disfrazados de personajes bíblicos que recorren las calles bajo la atenta mirada del público que los observa desde las casas, balcones o bien siguiendo el recorrido de las procesiones.

Hoy estas fechas han dado un cambio de sentido en la celebración por las gentes de ellas. La gran mayoría, aunque asista a alguna procesión, emplea su tiempo vacacional para dedicarlo a la montaña o hacer turismo festivo.

Las celebraciones de Semana Santa tienen mayor intensidad y ornato en las grandes ciudades y aldeas, aunque bien es verdad que es en estos días cuando se vive la Semana Santa con más fervor; lo que sí es verdad es que estas fiestas religiosas se celebran en todas partes.

Cruz de mayo

No hemos podido localizar la fecha de iniciación de esta celebración; sólo sabemos que desde hace muchos años se viene celebrando en nuestros pueblos y ciudades la festividad de la *Cruz de Mayo*.

Con este nombre se conocen estas fiestas que se celebran en torno a la invención de la Santa Cruz la cual tiene lugar el día 3 de mayo.

La Cruz sin imagen es el centro de culto y exorno de esas fiestas que, por otra parte, nunca la Iglesia las consideró como fiestas de precepto.

Los datos que tenemos nos confirman la gran celebración de estas fiestas en casi toda Andalucía, pero muy especialmente en Córdoba y dentro de la provincia ocupa un lugar muy importante el pueblo de Añora, en nuestra comarca de Los Pedroches.

Por el contrario, nuestro pueblo fue perdiendo la costumbre y tradición –aunque hay que decir que nunca arraigó– de la celebración de dichas fiestas. Por otro lado, Añora cada año intenta superarse y han llegado a conseguir que dichas fiestas sean declaradas en toda la provincia como muy interesantes, llegando en los días de celebración a visitarlas gran cantidad de personal de todos los pueblos vecinos y de otros lugares más alejados.

Finalmente, y a modo de síntesis, diremos que las *Cruces de Mayo* tienen por raíz la exaltación del símbolo del cristianismo y que dentro de la colocación de esas Cruces existe una gran rivalidad entre vecinos de unas calles con otras.

En torno a esta festividad se cantan numerosas canciones tradicionales en cada localidad.

San Isidro Labrador

No encontramos documentada la fecha de comienzo de la celebración de la tradicional fiesta de San Isidro Labrador en nuestro pueblo; naturalmente, hemos de fecharla en la constitución de la Hermandad de Agricultores y Ganaderos, acogida a la Cámara Agraria, bajo cuya tutela se celebró dicha festividad.

El programa de este día –en el cual podíamos ver reunidos y descansando de sus pesadas labores a todos los agricultores– daba comienzo con la celebración de la Santa

Misa que, en honor del patrón de dicho gremio, se celebraba en la parroquia y a la cual asistían todos los componentes de la Hermandad.

Terminada la misa, se iniciaba la tradicional procesión de San Isidro a cuya imagen se le adjunta la yunta de bueyes y se adornaba todos los años con unas matas de trigo del mejor que se podía encontrar entre las siembras del año.

La procesión recorría distintas calles del pueblo y, en ocasiones, se procesionaba por algunos caminos del contorno del pueblo para que viera el campo. Desde que se construyó el Almacén del trigo, éste era visitado anualmente por la procesión.

Terminado dicho acto, la Hermandad tenía por costumbre el ofrecer a todos los asistentes un refrigerio consistente en unas copitas y garbanzos tostados. Los actos, en los tiempos en que el pueblo dispuso de ella, estaban amenizados por nuestra banda de música. Terminaba el convite, pero la fiesta para nuestros agricultores continuaba durante todo el día, ahora en los bares, celebrando la festividad de su Patrón: San Isidro Labrador.

Corpus Cristi

La fiesta del Corpus se celebró por primera vez en España en Toledo, en 1280, y en Andalucía, concretamente en Sevilla, dos años más tarde.

En el siglo XIV, su celebración se había generalizado y popularizado en todos los reinos españoles.

La fiesta del Corpus está unida al surgimiento de los autos sacramentales, que se representaron durante mucho tiempo, alcanzado su máximo interés y esplendor en los siglos XVI y XVII.

Las solemnes procesiones eran una representación del poder de la Iglesia; en ellas figuraban con la mayor pompa las autoridades civiles y militares, el clero, la parroquia, presididos todos ellos por la custodia, en la que se sitúa el Cuerpo de Jesús Sacramentado.

La fiesta del Corpus, cuyos actos religiosos de misa solemne y procesión tienen lugar prácticamente en todos los pueblos, tiene mayor desarrollo y brillantez en las grandes ciudades.

En la fiesta colabora el Ayuntamiento, las familias que habitan las calles por la que pasa la procesión. El suelo de estas calles se cubre totalmente de juncia y las calles se adornan con muchas macetas de flores.

A lo largo del recorrido, se sitúan diversos pequeños altares colocados por las vecinas de la calle y en los cuales la custodia hace parada.

Previamente a la procesión, se ha celebrado una misa solemne en la parroquia.

La procesión la abre la Cruz de guía, siguen niños de primera comunión, la custodia bajo palio, autoridades y público.

Terminada la procesión, los bares se llenan de gente; los jóvenes recorren el pueblo y hacen porros con la juncia, mientras los niños se divierten jugando con ella.

La noche de San Juan

Desde tiempos inmemoriales se ha venido celebrando en nuestro pueblo la festividad de San Juan.

No se celebraba con gran carácter religioso, pero sí festivo, muy especialmente, entre los jóvenes en la noche del día 23 y madrugada del 24 de junio.

En el Atardecer el día 23, era frecuente observar grupos de jóvenes, según las edades, que pululaban por el pueblo de un lado para otro preparando lo que sería su actividad festiva de esa noche.

Pero si los muchachos comenzaban su actividad al caer la tarde, las chicas ya la comenzaban bien temprano, pues ellas solían preparar en sus casas un lebrillo lleno de agua y flores con las cuales formaban algunas cruces dentro del lebrillo. A esto le llamaban las “*flores de San Juan*”, porque había un dicho que preconizaba que por la noche venía el Santo y se lavaba en el lebrillo.

Ellas sí se lavaban la cara en la mañana del día de San Juan en el agua de las flores, después, muchas, con el agua oliendo a flores, regaban la casa.

Pero, mientras ellas preparaban todo esto, los jóvenes, como dejamos dicho anteriormente, al anochecer, se encaminaban en busca de árboles frutales, especialmente perales; de ellos cogían grandes ramos, procurando que fueran lo más vistosos posible, aunque, a veces, cuando se encontraban en plena faena, se les presentaba una sorpresa un tanto desagradable: el dueño de los perales les esperaba escondido. El viaje a ese lugar se había perdido; tendrían que ir en busca de otros perales.

Así iba pasando la noche hasta que se conseguía el ramo deseado, intentando por todos los medios fuera lo más vistoso posible, ya que muchas veces significaba el primer detalle de aprecio hacia la chica de nuestros sueños; de ahí que nos gustara siempre presentar el mejor ramo.

Las chicas, muchas de ellas, dormían con el ojo abierto esperando sentir el ruido para, por la ventana entre abierta, observar la puesta del ramo en su ventana. Muchas veces, si no estaban muy atentas y lo recogían, podría llegar otra cuadrilla de mozos y llevárselo para ellos ponerlo en la ventana de su preferida.

Cuando se daba la circunstancia de que la chica se mostraba remisa a quererte y te hacía sufrir, ésta era castigada públicamente llenando su puerta de paja; cosa que para ella resultaba un tanto humillante por lo que su madre normalmente madrugaba para recoger la paja de la puerta y que la vieran los menos vecinos posible.

Otras veces, a las chicas que no querían relaciones con el chico, éste las castigaba poniéndole en la ventana un gran ramo de hojas de higuera; otro síntoma humillante para la muchacha, la cual podía servir un tanto de burla entre sus compañeras de pandilla.

Otra costumbre era el pintar en las paredes de las casas con azulillo, amaneciendo el día 24 de junio con grandes pintada por todo el pueblo. Pero esta acción muchos vecinos la reprocharon y llegaron a molestarse, llegando en momentos a intervenir la fuerza pública para evitarlo.

Actualmente, es escasa la relevancia que tiene esta fiesta, la cual y de igual manera se repetía la noche del día de San Pedro.

Fiesta del emigrante

Desde hace unos años, el Ayuntamiento, al igual que en numerosos pueblos de nuestra comarca, tuvo la feliz idea de preparar actos coincidentes con las innumerables visitas de nuestros paisanos que un día tuvieron la necesidad de emigrar, unos dentro de nuestra Nación, otros fuera de nuestras fronteras, lejos de los suyos.

Para ello, cuando llega el mes de agosto, *Conquista* se abre a sus hijos que por unos días vuelven junto a los suyos y, para que su estancia sea amena, se preparan en su honor diferentes actos. Los mismos dan comienzo a primero del mes de agosto con una semana llena de fiesta; en ella se alternan los diferentes actos festivos y culturales con actuación es de grupos corales; todo ello en las noches de agosto en la Plaza Mayor.

Pero esto no es todo. Cuando llega el 15 de agosto se preparan una serie de actos deportivos, culturales y, muy especialmente, –y que ya se considera tradicional– el espectáculo taurino con la suelta de vaquillas con el fin de que disfruten de ello los que no pudieron hacerlo en Santa Ana.

Y, para finalizar el mes de agosto, pasada la primera quincena –y para los más rezagados– se programa una semana de cine en la Plaza de Toros con proyecciones de alta actualidad y a las cuales pueden acceder gratuitamente.

Esto es a grandes rasgos la fiesta que el Ayuntamiento instituyó como homenaje a nuestros paisanos que durante el mes de agosto nos visitan. Estas son las *Fiestas del emigrante*.

Navidad

Nuestro pueblo, al igual que todos los del mundo, prepara la Navidad con sus alumbrados extraordinarios en nuestras calles, adornos típicos navideños que anuncian lo que dentro de unos días se producirá: “*El Nacimiento de Cristo*”. Alegría de chicos y mayores, reconciliación y olvido.

En *Conquista* la Navidad comienza en la tarde del día 24. Es costumbre que los niños en grupos y con atuendos de pastores se lancen a la calle cantando villancicos y pidiendo el “*aguinaldo*” a todos los que encuentran a su paso.

Van de casa en casa y el componente, que tienen designado para ello, pide permiso: *¿Se puede cantar?*

Era norma que en las casas que tenían luto no se cantaba, pero siempre la dueña, por aquello de la Navidad, le concedía permiso para que pasaran, aunque sin cantar.

Después de cantar donde podían unos villancicos pasaban el pandero y recibían las propinas o el aguinaldo y se marchaban deseando a la familia “*Feliz Navidad*”.

Pero la Navidad no había hecho nada más que comenzar. A través de los días festivos se iban sucediendo una serie de actos y tradiciones que tenían su colofón en la noche de Reyes.

La candela de los quintos

Era tradicional que en la tarde del día 24 todos los jóvenes próximos a marchar al servicio militar, se reunieran para celebrar la tradicional *Quinta*”.

En esta tarde, cada uno de ellos –como era norma– aportaba un gallo de su casa –siempre el mejor que encontraba– para la cena, la cual realizaban en una casa sin vecinos, la cual estaba preparada al efecto y servía durante toda la noche como “*cuartel general*”.

Al anochecer con un carro –pero sin bestias– tirado por ellos, se dedicaba a recoger leña de los “*corrales*” para la gran candela que encendían en la Plaza. Siempre, la mayoría de la leña utilizada era sustraída, la mayoría de las veces, sin permiso de su dueño el cual al amanecer el día siguiente se sorprendía al ver la “*rimera*” de leña, ante lo cual algunos menos tolerantes con las tradiciones denunciaban el caso ante la Guardia Civil, la cual requería a los “*Quintos*” y les hacía pagar la leña.

Mientras el pueblo asistía a la celebración de la tradicional “*Misa del Gallo*”, los quintos encendían la candela con el fin de que cuando la gente saliera pudiera calentarse, cosa que era costumbre hacer y junto a ella se cantaba y se hacían corros.

A todo esto, los quintos provistos de una gran garrafa de vino, sus platillos para hacer ruido y siempre se contrataba a algún músico de acordeón, pasaban toda la noche dando paseos por el pueblo tocando y cantando hasta el amanecer.

Actualmente, desaparecidos los carros de nuestro entorno y una gran merma en el número de quintos, la leña la acarrea un tractor contratado por el Ayuntamiento el cual incluyó en sus programas festivos de la Navidad esta tradición, tratando de evitar su pérdida.

Comida familiar

En los hogares, como es tradicional en esta noche, comida familiar y extraordinaria a la cual suelen acudir algunos invitados o amigos de la familia.

Y, a las 12 de la noche, repique de campanas anunciando el comienzo de la tradicional “*Misa del gallo*” a la cual acuden en su mayoría las familias unidas. Misa solemne donde se cantan los tradicionales villancicos. Y a la salida de la misma el paseo hasta la candela de los “*quintos*”.

Navidad

El día 25, después de levantarnos tarde por lo trasnochado el día anterior, ya en plan festivo, los jóvenes se dedican al baile y a la fiesta; años atrás, se reunían los amigos y amigas y en casas particulares organizaban baile con la música del tocadiscos. Hoy, la juventud ha cambiado de aires y prefieren las discotecas o pub mientras los mayores se distraen visitando en familia los bares para tomar las tradicionales tapas o la especialidad en cada uno de ellos.

Fin de año

El año se despide en *Conquista* sin un programa específico. Grupos de amigos visitan bares y pubs durante la noche donde se canta y baila celebrando la entrada del nuevo año.

Mientras, los más jóvenes organizan sus fiestas particulares ente amigos o se marchan a pasar la noche en las discotecas.

Reyes Magos

La Navidad llega a su término y pone punto final con la tradicional Cabalgata de Reyes que, como es norma, desfila el día 5 de enero, recorriendo las calles del pueblo con carrozas adornadas acorde con la festividad que se celebra.

Anteriormente, esta cabalgata la constituían los tres Reyes Magos montados en sus caballos; actualmente, estos animales han sido sustituidos por la mecánica y son los tractores los que arrastran bellas carrozas hechas con esmero y competencia, con el fin de hacerse con los méritos necesarios para conseguir los premios establecidos por el Ayuntamiento para premiar las mejores.

Da gusto ver a todos los niños que se afana por coger los caramelos que, en gran cantidad, se lanzan desde las carrozas por los Reyes Magos.

Finalmente, consignemos que la Cabalgata está programada, organizada y totalmente subvencionada por la Delegación de Cultura y Festejos del Ayuntamiento.

Jueves de Comadres

Era una tradición recordada desde siempre la fiesta conocida con el nombre de “*Jueves de Comadres*”. La misa era muy celebrada, especialmente, entre los jóvenes de ambos sexos los cuales se unían para su celebración en un ambiente sano, festivo y de completa armonía. Su celebración tenía lugar el jueves anterior al comienzo de la Cuaresma. La fiesta tenía como lugar de celebración la casa de alguna chica de la pandilla.

Para su organización y preparación, por la tarde de este día, las chicas empezaban a reunirse en grupo y salían a comprar alguna comida y bebida para la fiesta; ello sería pagado posteriormente por todos los asistentes a partes iguales.

Posteriormente, se le unían el grupo de chicos y todos juntos se marchaban a la casa asignada para la fiesta; lo idea en estos grupos es que fueran el mismo número de chicos que de chicas, ya que, como vemos, tenían que formarse parejas a través de la fiesta.

Ya en el lugar de la fiesta, se empezaba a preparar las viandas mientras iban llegando todos los del grupo. Una vez todos reunidos se empezaba a preparar lo que pudiéramos llamar el “*emparejamiento*”, el cual se llevaba a cabo a través de un sorteo; así, pues, se hacían unas papeletas con el nombre de los chicos que asistían y se metían en una bolsa; cada muchacha iba cogiendo una, cuyo nombre sería su “*compadre*” y así se llamarían no durante la fiesta, sino por el resto del año: él a ella le llamaba “*comadre*”. Días después, se hacían unos a otros regalos y la amistad perduraba en algunos casos durante años.

Una vez realizado este sorteo que daba nombre a la fiesta, ésta seguía durante la noche con baile y cante entre toda la pandilla.

Esta bonita tradición fue perdiéndose entre la nueva juventud y en la actualidad prácticamente no se celebra.

Todos los Santos. Las gachas

Aún perdura y continuará celebrándose por siempre la visita a los cementerios el día de “*Todos los Santos*”.

Pero al recordar esta festividad se nos viene a la memoria una tradición que en este día se celebraba.

Era una vez concluida la fiesta religiosa cuando al atardecer se reunían grupos de amigos formados por chicos y chicas, los cuales tenían por finalidad el pasar una noche divertida y alegre, para lo cual organizaban una fiesta que se celebraba en un local previamente preparado. Era la fiesta de “*Las Gachas*”.

Suponía una gran alegría ver a aquellos grupos de jóvenes que tan escasos estaban de recursos económicos para organizar fiestas, a quienes, por otro lado, les sobraba el ánimo, las ganas de fiesta y el ardor de su juventud para hacerla una realidad.

Cuando llegaba la noche, se organizaban juegos y baile a los sones de algún tocadiscos, mientras se preparaban las tradicionales “*Gachas*”, las cuales eran consumidas para proseguir la fiesta durante la noche.

Esta es una tradición que, aunque siga celebrándose, ha perdido todo su esplendor y su gracia, pues lo jóvenes actuales apenas si se deciden a recoger las viejas y bonitas tradiciones y costumbres de sus antepasados.

El Judas

Todo ocurría el domingo de Resurrección al salir de la solemne misa de esa mañana.

Previamente, las mujeres habían preparado un muñeco de tamaño natural relleno de trapos, paja o serrín, en general de material combustible.

A este muñeco que se vestía muy estrafalario, incluso se le colocaba un sombrero de paja, se le denominaba “*El Judas*”. Era colgado en una cuerda que cruzaba la calle y en la puerta de la Iglesia. Una vez que todos los asistentes a la misa habían salido se le prendía fuego al *Judas* entre el jolgorio de los asistentes.

Parece ser que en algunas ocasiones se llegó hasta pegarle algunos tiros, con lo que se significaba la muerte del traidor.

Esta tradición hace años que dejó de celebrarse, tanto es así que en la actualidad hay muchos jóvenes que ni la han conocido.

Agua bendita

Otra tradición en esta mañana de Resurrección era el ir a la Iglesia a recoger el “*Agua bendita*”

En este día, una vez terminada la misa, los niños recogía de su casa un envase para ir por el “*agua*”. NO era raro ver a las mujeres y niños pasar por la calle con toda clase de cacharros: lecheras, cacerolas, vasos de lata y otros envases servían para su transporte.

Dicha “*agua*” era llevada a casa y esparcía por todo el edificio, significando que la misma nos daba la protección sobre los males que dentro de la vivienda nos pudieran sobrevenir.

Es otra de las costumbres y tradiciones de las que sin saber porqué se ha dejado perder, siendo que constituyó otro acto y costumbre de nuestros habitantes en la Semana Santa.

Los Dobladores

Hace años existía en nuestro pueblo la tradición de que, desde el día 1 al 2 de noviembre, –Fiesta de Todos los Santos y Difuntos– las campanas de la parroquia no dejaban de doblar desde que comenzaba la función religiosa en el cementerio hasta el día siguiente en que terminaban las misas de difuntos, porque en este día se celebraban tres misas.

Los monaguillos, acompañados de otros jóvenes, eran los que durante todo este tiempo, alternándose en turnos, doblaban las campanas; así que el pueblo los conocía como “*los dobladores*”

Pero para pasar la noche y prácticamente toda la mañana del día siguiente, necesitaban provisiones de comida y bebida y, como la cosa por aquellos tiempos estaba tan escasa, estas necesidades las cubrían con la bondad de la gente del pueblo.

Para ello, en la mañana de día 1, antes de dar comienzo a doblar, el grupo se dedicaba a pasar de casa en casa donde, desde la puerta, reclamaban de su bondad a los dueños aludiendo a los fines del mantenimiento de “*los dobladores*”

En unas casas recibían morcillas, chorizo, latas de conserva; en muchas otras, dinero con el cual podían comprar las cosas necesarias para preparar comida para todos: pan aceite, azúcar, café, perrunas y un poco de vino y aguardiente. La realidad es que, en la mayoría de las casas, eran bien recibidos y atendidos dentro de cada posibilidad.

Así pasaban toda la noche “*los dobladores*”, los cuales, en ocasiones, a media noche marchaban al cementerio para atizar los faroles que se encontraban apagados.

Posteriormente, la Iglesia decidió suprimir dicha costumbre cerrando el templo y, por tanto, se perdió la tradición de “*los dobladores*”.

La “cencerrá”

Conquista, al igual que otros pueblos, tiene sus costumbres y tradiciones; una más, que proviene de hace muchos años, son las conocidas “*cencerrás*”, las cuales, en otros pueblos, se celebran con ocasión de alguna festividad; aquí solamente se utilizan dichos instrumentos en los desposorios de “*los viudos*”.

Y cuando decimos “*viudos*”, no por obligación habían de estar los dos en este estado, bastaba que uno de ellos se encontrara en esta situación para que, en la ceremonia de la boda, sonaran por las calles los temibles –para ellos– cencerros.

Aunque, normalmente, en la mayoría de los casos, ésta al menos se ha venido celebrándose muy de mañana, siempre hay quien se entera del día y la hora, lo cual pone en aviso a los jóvenes.

Y todo ello complicaba, y n o poco para ellos, la celebración de la boda de un viudo o una viuda.

Ellos casi lo hacían a escondidas, pues sabían bien lo que les esperaba: la terrible “*cencerrá*”

Esta costumbre y tradición de la “*cencerrá*”, en alguna ocasión, tuvo no pocas complicaciones y enfrentamientos con Guardia Civil la cual se aprestaba a disolver a los jóvenes –en muchos casos no con muy buenas maneras– que con sus cencerros daban el colorido a dicho acto de casamiento.

La verdad es que no llegamos a comprender nunca por qué se tenían que esconder para celebrar un acto como éste, porque en cualquier caso no había nada que esconder.

La hospitalidad

Desde hace muchos años, posiblemente siglos, desde su fundación, los moradores de *Conquista* transmitieron a sus generaciones unas tras otras hasta nuestros días el mayor concepto de humanidad con sus semejantes, como fue su abierta y sincera “*hospitalidad*”.

Nos atreveríamos a afirmar que no encontraremos pueblo en nuestra comarca ni lejos de ella que ponga ante todo su más sincera y desinteresada amistad, su acogida al visitante y la traduzca en una tradición que pasa de generación en generación. ¡Qué tradición más humana!

Y es que lo que más impresionaba al visitante es la gran acogida que desde siempre se dispensó a los que por Santa Ana no visitan. Es una acogida sincera y cariñosa. Todos se esfuerzan en tener atenciones, consiguiendo hacer más agradable su estancia entre nosotros.

A tal punto ofrecen su amistad y hospitalidad que recordemos la vieja costumbre y tradición consistente en que la noche de Santa Ana todas las puertas de las casas quedan entornadas y con las llaves puestas al exterior en la cerradura, como indicación inequívoca de que a nadie se le niega el albergue y hospitalidad en la noche de la Patrona Santa Ana.

Con el corazón en la mano y el recuerdo de su origen, originario de una venta, cosa que nunca a sus moradores avergonzó, al contrario, daban cobijo y seguirán dando a todo aquel que tiene el placer de acompañarnos en los días felices de fiesta.

Ésta sí que es una buena tradición que nunca se debiera perder, pero que, dadas las circunstancias de la vida actual, hay que mantenerla pero algo modificada.

Porquero Concejo

Hace muchos años que dejó de llevarse a cabo la labor de un hombre que llegó a considerarse tradicional. El nombre que recibía este hombre y la función que desempeñaba tomó el de “*Porquero Concejo*”.

A muchos jóvenes, quizás este nombre no le suene a nada; quizás no sepan a qué nos referimos; no por ello es desconocido para muchas personas mayores que conocieron del buen hacer de este hombre.

Como todos sabemos, el Ayuntamiento disponía de un “*lejío*” junto al Arroyo Grande. Por aquellos tiempos, casi todos los vecinos disponían de un cerdo o una cabra, los cuales, a finales de años, les proporcionaban unos ingresos con la venta del cerdo o de sus jamones. Pero, para un solo cerdo no se podía disponer de un hombre para sacarlo al campo; para eso estaba entonces el “*Porquero Concejo*”.

Este hombre, por las mañanas, pasaba por todas las calles recogiendo el ganado que en cada casa le querían dejar. Un vez recorrido todo el pueblo, se marchaba con el ganado al “*lejío*” donde los tenía durante todo el día. Al atardecer, llevaba por las calles la misma operación dejando en cada casa el ganado correspondiente, aunque estos animales se separaban solos para la casa de su dueño.

No tenemos datos muy fijos sobre el precio que se debía de pagar por cabeza de ganado, pero algunos más mayores nos han informado que eran unos diez céntimos diarios.

De los hombres que se dedicaron a esta actividad sólo hemos tenido noticias de uno; a éste cariñosamente se le conocía como “*Capón*”; no podemos afirmar el año que dejó de prestar dicho servicio el cual se convirtió en una tradición.

El pregón

Si alguna actividad en cualquier tiempo y cualquier pueblo de nuestra España se puede considerar tradicional, ésta es, sin lugar a dudas, “*El Pregón*”.

Era costumbre, hasta la década de los 60, que los habitantes de *Conquista* sintiésemos diariamente la “*trompetilla*” y la voz alegre y clásica del pregonero.

Él, diariamente, nos informaba de los precios del pescado que, día a día, llegaba a nuestro pueblo a través del añorado ferrocarril y que despachaba “*la*” María Reyes, más conocida por María “*Portillo*”. Así lo hacía saber en sus pregones anunciando el lugar de venta.

También nos avisaba de otros puestos de venta que llegaban al pueblo. Pregones clásicos eran aquellos que anunciaban la pérdida de objetos o ganado, siempre con la coletilla de “*se gratificará*”

El pregonero recorría diariamente las calles del pueblo y, parado en las esquinas, avisaba al toque de su instrumento para que salieran las mujeres a la puerta y escuchar el pregón.

Cuando el pregón se transformaba en bando del Ayuntamiento, él comenzaba siempre con esta frase: “*Se hace saber...*” o “*De orden del señor Alcalde...*”

Desde este apartado, considerándolo como una institución más de nuestro pueblo y una tradición de siglos, quiero reflejar la figura entrañable del pregonero. Él nos avisaba de todo y, con su alegre carácter, recorría las calles, muchas veces acompañado de niños deseosos de tocar “*la trompeta*”. Él se la dejaba a todos.

Un saludo y un recuerdo especial para este hombre que un día nos dejó, perdiéndose para siempre una tradición milenaria. Un recuerdo como buen amigo y buen pregonero.

La matanza del cerdo

Aunque podemos considerarla una costumbre natural en nuestro pueblo, no por menos se puede catalogar como una “*Tradición*”, ya que en ella concurren tantas circunstancias que se ha convertido en tradicional.

Desde el comienzo de su ritual hasta la terminación de ella es fiesta familiar.

La matanza del cerdo en nuestro pueblo –al no existir matadero municipal– se ha llevado siempre a cabo en los domicilios particulares y a la misma asistían todos los familiares y amigos más íntimos, así como vecinos de la calle con el solo y único fin de ayudar a los menesteres de ella.

Pero es muy importante para nosotros desarrollar en este apartado el transcurrir de la misma dentro de un pueblo como el nuestro que, al fin, no varía de cómo se desarrolla en los restantes pueblos de la comarca.

Lo primero que se hacía al levantarse los dueños sobre las 5 de la mañana, era poner una caldera de agua en el fuego con el fin de que ésta fuera cogiendo calor para cuando estaba cociendo “*pelar*” al cerdo.

Cuando se reunían los hombres, el animal era cogido desde la zahúrda y llevado, bien a la calle o al patio y se colocaba encima de una banqueta de encina, preparada para soportar el peso del animal; con una cuerda se le ataba el hocico para que no mordiera.

Seguidamente, el matancero, provisto de un cuchillo adecuado, se lo clavaba en la papada, introduciéndolo bastante profundo, mientras otros hombres lo sujetaban para evitar que se cayera o escapara y una mujer le ponía debajo un lebrillo de barro para recoger la sangre que arrojaba por la herida el animal, no dejando de moverla para que no se coagulara, ya que era imprescindible que quedara líquida para después aprovecharla en embutidos.

Una vez muerto el animal se tomaban unas copitas de aguardiente, como el agua de la caldera estaba cociendo –no se podían parar mucho– introducían el cerdo en una artesa de madera fuerte, a ser posible de encina, se le rociaba todo el cuerpo con un cubo de agua cociendo; con ello se conseguía se le ablandara la piel y acto seguido, con una navaja o raspadera, se procedía a pelarlo, quedando completamente blanca su piel y con un tirón fuerte se le extraían las pezuñas.

Después se sacaba de la artesa y se volvía a poner encima de la banqueta y se cruzaba en ella para que quedara colgado y, de esta forma, con unas hiniestas o hiñestones –como se decía– se le chamuscaban los pelos que en ciertas partes del cuerpo habían quedado sin pelar.

Terminada esta operación, el matarife, ayudado por los matanceros, procede a abrirlo en canal, sacándole en principio el mondongo y las vísceras con el fin de que, cuando se presente el empleado municipal o de arbitrios, estuviera limpio para el peso y pudiera llevar las muestras de la carne para ser reconocidas por el veterinario municipal.

Conocido el resultado de éstas y si “*estaba bueno*”, se empezaba el lavado de tripas, faena que llevaban a cabo las mujeres mientras el matarife deshuesa el animal, depositando las carnes en una artesa o lebrillos para ir las separando y después picarlas para chorizo, morcilla o salchichón.

Las mujeres movían y volteaban las carnes mezclándolas con los aliños, el chorizo en una artesa y la morcilla, en otra.

Hemos de dejar mención de que nuestra famosa morcilla está compuesta por sangre del cerdo, cebolla, patata cocida y picada, calabaza, arroz y un poco berruécano y pimiento molido; todo ello en la proporción adecuada; como grasa, los “*gordos*” que se habían sacado al cerdo.

El primer embutido en hacer es la clásica morcilla para lo cual las matanceras emplean unos embudillos; en ellos introducen las tripas que habían sido adquiridas en el comercio para tal fin. Anteriormente, todas estas tripas habían sido cortadas a medida y revisadas por si estaban picadas.

Antes de proceder a su embutido, la dueña guisaba en la sartén un poco de molondroscos para darlo a probar a fin de que las matanceras dieran su opinión sobre la falta o no de aliños y grasa. Igual se hacía con el chorizo el cual se daba a probar a los matanceros.

Las morcillas y chorizos que se iban haciendo se le entregaban al dueño de la matanza o a un matancero el cual se encargaba de colocarlas en los morcilleros; estos se encontraban normalmente situados en una gran cocina donde se enciende fuego para que se sequen y escurran.

Igual se hacía con los chorizos, salchichón, orejones, cabeza, costillas, etc. que quedaban colgados en una campana; es decir, junto a la chimenea por donde sale el humo del fuego.

Allí permanecen todo el tiempo que sea preciso hasta que esté curada la matanza. Cuando llega ese momento se vuelven a bajar y se meten las morcillas y chorizos en unas tinajas de barro para que se conserven bien; los salchichones, normalmente, se dejan colgados al aire.

También se hacía la típica morcilla “de lustre”, “*zanga*” o de sangre, a base de gordos y sangre del cerdo; una vez embudada se pasaba por agua para que cuajara.

Los lomos se fríen en manteca de cerdo y se echan en orzas de porcelana para su conservación durante todo el año.

Era normal que las matanceras, las mayores, se encargaran de raspar y limpiar los orejones, huesos de la cabeza, la lengua y las tripas que se empleaban para la morcilla “*lustre*”. De esas tripas, las que sobran se dejan secar para, una vez bien secas, emplearlas fritas, bien en un especial ajo “*sopeao*” o solas.

Terminaba la faena de embutir y demás faenas, las mujeres se dedicaban a fregar todos los “*cacharros*” usados en la matanza. Una vez realizado este trabajo se marchan a casa para asearse.

Por la noche, se invita a cenar a todos los que habían estado trabajando en la matanza más algunos otros amigos. Se sirve vino y aperitivos propios sacados del cerdo: *el somarro*”; después se prepara la cena para todos. Terminada la misma, en muchas matanzas se organizan los clásicos bailes y fiesta matancera, durando los mismos hasta la madrugada.

Los chavales recorren el pueblo dando portazos en las puertas de las casas, cosa que el vecindario comprende y no le sirve de molestia.

También ponían los chavales los clásico “*sahumerios*” que consistía en preparar una lata con unas ascuas de brasa y echar dentro de ella una guindilla picante. Esta lata la introducían por la puerta de la casa, la cusa causaba una fuerte tos a todos los que había dentro de la misma.

Esto es en sí la tradición de las matanzas. Con ella terminaba la vida del animal que durante un año en la zahúrda engordamos con tanto esmero.

El trillo

La trilla estaba íntimamente relacionada con la siega. Las bestias, el trillo, la parva, aventar, ...son términos que las modernas máquinas cosechadoras se están encargando de relegar al recuerdo.

Pero sería incongruente no dedicar un espacio dentro de las costumbres y tradiciones de nuestro pueblo a esa máquina que, arrastrada por las bestias, se usaba para desmoroñar el grano de la espiga y que tiene desde tiempos inmemoriales el nombre de “*trillo*”.

En verdad, era una costumbre y tradición de todos los chiquillos, en el tiempo de las eras, pasarnos por ellas para pedirles a los hombres que se dedicaban a estas tareas que nos dejaran dar unas vueltas subidos en el trillo.

Naturalmente, casi siempre nos dejaban dar unas vueltas, pero siempre con el hombre también subido; cuando terminábamos de este paseo nos marchábamos a otras eras para que nos volvieran a subir. Así nos pasábamos tarde tras tarde, ya que en ese tiempo no teníamos colegio.

Otra costumbre o tradición relacionada con ello era que los jóvenes se reunían por las noches para hacer la aparcería o cortejar a las amigas y, después, como hacía mucho calor se iban a las eras a dormir.

Pero, como decimos al principio, las nuevas máquinas han acabado con estas costumbres y tradiciones; tanto que, en la actualidad, es sumamente difícil encontrar una era al estilo antiguo.

Para terminar....

Aparte de las fiestas que afectan a todo un pueblo, a toda la comunidad, hay otro grupo de fiestas que tienen como denominador común el que no afectan a todo el pueblo; son las fiestas –pudiéramos llamarlas– generacionales.

El bautizo, la primera comunión, la quinta, la boda, ... son ritos festivos que se corresponden con el nacimiento, el final de la niñez, reconocimiento de la madurez y la unión sexual entre hombre y mujer; todas ellas dan lugar a fiestas no exclusivas del pueblo, pero que, sin duda, éste celebra con características peculiares.

Este grupo de fiestas entran dentro del grupo que Hoyos Sáinz denominó privadas o familiares, porque, aunque en las pequeñas entidades de población llegan a tener carácter público, no lo son en toda la extensa complejidad de las entidades sociales y demográficas.

Bibliografía

Apuntes sobre “*Las Fiestas en Andalucía*”, de Salvador Rodríguez, 1985.

Varios apuntes de vecinos de la Localidad.



**Ilustre Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**

